

La calle para el miércoles 25 de julio de 2007
Diario de un espectador
Beisbol en Boston
por miguel ángel granados chapa

Pensamos con ingenuidad, como los candorosos viajeros que en Nueva York esperan encontrar entradas para la comedia musical de moda en Broadway, que podríamos aprovechar nuestros días en Boston para ver jugar a los Medias rojas, un equipo de nuestras simpatías infantiles. Nos fue imposible ver a la novena bostoniana en su parque Fenway y tuvimos que contentarnos, para asombro de nuestro entorno, que ignoraba la pasión beisbolera que aunque soterrada bulle en nuestro ánimo, con ver algunos *innings* en la gran pantalla de televisión de algún restaurante, uno que tiene en tan alta estima a un DJ, un montadiscos, que lo anuncia como estrella de los jueves en la noche, en el mismo nivel con que se anuncian a intérpretes de música vida en los restantes días de la semana.

Boston vibra de modo permanente con sus equipos, los Patriots en el futbol americano, los Celtics en el basquetbol, los Medias rojas en el rey de los deportes. No ha sido, en este caso, un amor bien correspondido, pues el club de beisbol ha regateado satisfacciones a la afición bostoniana. Hasta que venció hace tres años en la serie mundial a los Cardenales de san Luis, con un inequívoco marcador de cuatro victorias contra ninguna derrota, los Medias rojas habían dejado pasar casi un siglo completo sin triunfar, pues no habían obtenido la supremacía desde 1918.

Eso no obstante, la gente se vuelca a ver jugar a sus favoritos, lo que provoca un fenómeno de mercado y buenos negocios. Buena parte del graderío en Fenway Park está ocupado permanentemente por los tenedores de bonos a los que gusta asegurarse de estar en el estadio durante toda la temporada. Por cálculo u otras razones, de tanto en tanto algunos no pueden asistir y ponen a la venta el derecho de ingreso a ciertas funciones. Por otro lado, la reventa está permitida. En internet se puede encontrar a empresas dedicadas a comprar y vender boletos. Y algunos particulares, sabedores del tesoro que pueden tener en sus manos, anuncian a través de ese medio que son felices poseedores de dos, tres, cuatro boletos. Pero cada uno cuesta ciento setenta dólares. Y la verdad es que nuestra gana de ver galopar por los senderos a los Medias rojas, o tener la fortuna de ver cómo David Ortiz pegaba a la bola hasta más allá del graderío no era como para pagar dos mil pesos por cada entrada, máxime que necesitábamos 5, para las jóvenes parejas de Rosario y John y Danielle y Luis Fernando, y este espectador.

El equipo que es hoy centro de la pasión beisbolera en esta ciudad de universitarios es más que secular. Nació en 1893 en la ciudad industrial de Toledo, Ohio (¿se acuerdan ustedes que las primeras básculas comerciales, que prescindieron de las pesas usuales en las balanzas, eran de esa marca, Toledo, que les venía del lugar de su fabricación?), pero al comenzar el siglo XX, en 1900, se avecindó en la capital de Massachusetts. Durante media centuria la euforia beisbolera se dividía en dos en esa ciudad, pues los Medias rojas contendían en la Liga Americana mientras que otro equipo, los Bravos, lo hacía en la Nacional. Pero en los años cincuenta la franquicia de los Bravos emigró a Milwaukee y después a Atlanta, de modo que la pasión se concentró en una sola novena.

Vimos cómo la afición, vestida con la franela de sus jugadores favoritos, o al menos con una gorra u otra señal de su afiliación, llenaba los transportes públicos en viernes, sábado y domingo, o atiborraba los cafés, bares y restaurantes donde señorean las pantallas de televisión. La satisfacción embargo a los bostonianos porque el equipo de sus preferencias ganó la serie a los Medias blancas de Chicago y mantuvo su lugar en el liderato de su grupo. Aunque octubre está lejano, como decimos en México, quién quita y...